

Manchito



EL DIBUJO PARA LOS NIÑOS

con lápices y cajitas de colores que vende EL MENSAJERO, es el pasatiempo más agradable y útil.

En la misma Librería y Papelería, es la agencia de *Billiken* y *Marilú*, las mejores revistas argentinas para niños.

EL BANCO DE LA REPUBLICA

interesado en facilitar a la juventud la consulta de obras sobre cuestiones económicas y financieras, y aumentar en la generalidad de las gentes la afición por este género de estudios, ha resuelto abrir para el público la BIBLIOTECA DEL BANCO, que está siendo provista de las obras nacionales y extranjeras de mayor actualidad.

HORAS DE LECTURA:

DE 2 A 4 Y MEDIA P. M.,
TODOS LOS DIAS,
EXCEPTO LOS SABADOS
Y DOMINGOS

Estufitas eléctricas de verdad !

Para la cocina
del muñequero

Pídele a tu mamá que te
lleve a verlas al almacén de la

Energía

Calle 13, No. 10-69

Quiere usted recibir a

CHANCHITO

en su casa, sin que le
cueste nada?

Consíganos CINCO sus-
criptores entre sus amigos
y le enviaremos

LA REVISTA GRATIS

Entre los niños que nos envíen las
soluciones correctas de los pasatiem-
pos rifaremos un lindo lapicero.

Las soluciones deben enviarse al apar-
tado 385 con el cupón que aparece al
pie.

CUPON PARA LOS PASATIEMPOS
DEL NUMERO 29

SERVIR ES PROGRESAR

Siempre a sus órdenes

EXPRESO RIBON

Para sus transportes rá-
pidos a todo el país.

Bogotá carrera 8a.,

La simpática y bella Re-
vista Infantil

“**CHANCHITO**”

se reparte rápidamente por el
“**EXPRESO RIBON**”

PARA NIÑOS Y NIÑAS:

Ferrocarriles con rieles, túneles y es-
tación, en todos tamaños, desde
\$ 1.00 hasta \$ 10.00.

Cajas de mecanos para todas las
combinaciones mecánicas.

JUEGOS DE CROQUET. - Juegos
combinados en cajas de cinco.

Automóviles en todos estilos.

Caballos, osos, perros, vacas, etc.

Juegos de té, bañitos, teléfonos, ca-
mitas, pesebres, muñecos y muñecas.

Y TODO LO QUE UD. PUEDA
DESEAR PARA OBSEQUIAR UN
NIÑO DESDE RECIEN NACIDO

ALMACEN DEL CENTRO

A. 'DUFFO

BOGOTA - CALLE 12, No. 6-47.

LOZA DE PEDERNAL

LOZA BLANCA
CRISTAL
ALUMINIO



ARTICULOS PARA REGALO



ALMACEN "MIO"

((PLAZA DE BOLIVAR))



*Ahora comprendo
por qué fuma papá!*

Todos los textos

**nacionales y extranjeros adoptados en los
colegios y escuelas de la República, y to-
da clase de útiles para escolares.**

LIBRERIA COLOMBIANA

CAMACHO ROLDAN & CIA. - S. A.

7-50 - Calle 12 - Bogotá - Apartado 199.

CHANCHITO

REVISTA ILUSTRADA PARA
NIÑOS

APARECE LOS JUEVES

Directora, Mercedes Caro

ADMINISTRACIÓN:

Carrera 6.ª - 10-60—Tel. 90-62



VALOR DEL EJEMPLAR EN
TODO EL PAIS \$ 0.10

SUSCRIPCIONES:

3 meses (13 Nos.) \$ 1.20
6 meses (26 ") \$ 2.30
1 año (50 ") \$ 4.50

Por correo: Apartado 385

Por telégrafo: Chanchito.

VOLUMEN II

BOGOTA, FEBRERO 22 DE 1934

NUMERO 29

EL TODO DE LA CASA

Mi amigo Anastasio, campesino viejo y un poco zorro, ascendido no hace mucho a la categoría de mayordomo de una hacienda contigua al campo donde escribo estas líneas, vino ayer a verme y me contó, con voz entristecida y dándole muchas vueltas al sombrero, los detalles de la muerte de su fiel perro *Capi*. "Mire el patrón cómo son las cosas, me decía: se me muere *Capi*, que no es por decir, pero era el todo de la casa; y mi Dios no se acuerda de la niña Tomasa y de tanta gente mala que hay en este mundo!"

Por lo que me refirió en su lenguaje pintoresco y castizo, deduje que *Capi* era un perro de la clase media, de la burguesía canina, blanco y negro, peludo, no muy alto, elegante en sus movimientos, de bella estampa y noble fisonomía. *Capi* era valiente, bueno como el pan, fiel como el que más y sumiso como un esclavo. En la hacienda y en la casa atendía y desempeñaba muchos oficios: despertaba a los ordeñadores, ayudaba al chino Lucio a recoger las ovejas, presenciaba la siembra y la trilla, acompañaba al amo al rodeo y a la cacería, y en todas las faenas se mostraba inteligente y activo. Recibía los malos tratos sin rencor, pero no olvidaba un beneficio, una palabra cariñosa. Y con los niños tenía toques exquisitos y delicadezas increíbles. Cuan-

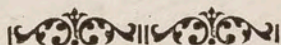
do Anastasio volvía a la casa por la tarde, *Capi* le salía al encuentro, le batía la cola "como si fuera una bandera", y no pudiendo abrazarlo, se le echaba encima y le ponía las manos sobre el pecho en rudo e impetuoso asalto. Cuando todos dormían, él velaba con las orejas levantadas, y cuando Anastasio trabajaba en las cuentas de la hacienda, *Capi*, con el hocico sobre sus pies, dormía profundamente, insensible al bullicio de la casa, pero listo a saltar al menor rumor de pisada extraña o voz desconocida: "era el todo de la casa" y un excelente miembro de familia.

Mientras *Capi* vivía, sobraban aldabas y cerrojos; cuando faltó el noble animal, advirtió el pobre viejo con miedo que las paredes de la finca eran muy bajas, que las puertas de la casa no ajustaban, que había muchos sitios por donde podían entrar los ladrones, los runchos y las comadrejas. "Ahora me despierta de noche el silencio, la falta del gruñido tranquilizador"!

"Ojalá vaya el patrón a verme, me dijo Anastasio al despedirse: estoy muy solo y en mi pobre mesa sobra un pedazo de pan".

Si alguno de mis lectorcitos sabe quien vende un perro como *Capi*, le ruego avisármelo, para comprarlo y regalárselo a mi amigo Anastasio.

BAGATELAS



Yo quiero que tú quieras
 que yo te quiera,
 como querría quererte
 si me quisieras,
 y aunque no quieras,
 te querré, porque quiero
 que tú me quieras.

Si piensas que yo pienso
 que tú me piensas,
 me piensas al pensarlo:
 me recompensas!
 y, si bien piensas,
 quien piensa en no pensarme,
 solo en mí piensa.

Al decir lo que dices
 te contradices,
 porque dices que dices
 lo que no dices;
 y si lo dices
 desdices los que has dicho
 con lo que dices.

Por parte de los partes
 que tú repartes,
 he sabido que partes
 para otras partes:
 yo quedo aparte,
 mas si partes me partes
 de parte a parte.

◆ ◆ J O R G E P O M B O ◆ ◆

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED



Estamos haciendo los mayores esfuerzos para salvar a CHANCHITO, aunque hasta ahora su estado no ha mejorado sensiblemente, no obstante la simpatía creciente de sus lectores, la excelente voluntad y apoyo de algunos comerciantes y las facilidades que nos han ofrecido en la Editorial *Cromos*. Nos encontramos entre la espada y la pared,

porque es difícil continuar como vamos y no tenemos valor para suspender esta revista que ha sido objeto y centro de todas nuestras complacencias. ¿Qué camino podemos tomar? Después de muchas vacilaciones hemos resuelto cerrar los ojos y, puesta en Dios la confianza, seguir en la brecha hasta quemar el último cartucho.

EL ENEMIGO DE NAPOLEON

(POR ARTURO CONAN-DOYLE)

(Continuación)

El busto estaba compuesto de dos partes iguales que luégo se unían y se ponían a secar en unas tablas grandes y largas que había en un pasillo. Generalmente estas operaciones eran hechas por italianos.

Después de decir esto último, se iba a levantar como dando por terminada la entrevista, cuando Holmes le enseñó el retrato de Beppo. Al verlo se contrajeron sus cejas, le brillaron las pupilas y todo su rostro de teutón se enrojó de cólera.

—¡Ah, granuja! —exclamó—. La única vez que entró la policía en esta casa tan honrada fue por culpa suya. Hará cosa de un año. Este bribón, luchando con un compatriota suyo, le dio una puñalada, y aquí mismo fue detenido por la policía. Se llamaba Beppo, y nunca supe quién era su familia ni de dónde procedía. Os juro que desde entonces no he vuelto a tomar a ninguno que se le pareciera ni que estuviese tan desnudo de antecedentes como él. Sin embargo, debo reconocer que era un buen obrero.

—¿Y fue condenado?

—Creo que a un año de cárcel, porque la víctima curó en seguida. Ya debe estar en la calle; pero se conoce que no ha tenido valor para presentarse aquí otra vez. Si queréis más detalles llamaremos a un primo suyo que está ahí en el taller.

—¡No! ¡No!—interrumpió Holmes. De ningún modo. Es más: os agradecería que no dijérais una palabra de esto a ese individuo. Se trata de un asunto muy grave y muy importante para que se entere cierta clase de gente. Si no recuerdo mal, antes, cuando mirásteis el libro de ventas, me pareció ver que la fecha de venta de esos bustos era el 13 de junio del año pasado. ¿Podrías decirme qué día fue detenido Beppo?

—Os lo voy a decir ahora mismo.

—Y después de hojear un libro, en cuyo lomo se leía *Registro de Contabilidad*, continuó:

—La última paga la recibió el 20 de mayo. Holmes se levantó.

—Muchas gracias, señor director. Os ruego que me dispenséis por haberos robado tanto tiempo.

Y reiterándole nuevamente la mayor discreción, salimos del taller.

Muy avanzada la tarde entramos a merender en un restaurant. Un periódico sujeto con cuatro chinches encima de nuestra mesa precisamente, anunciaba el crimen de Kensington y presentaba al asesino como un loco. Holmes mandó a comprar un ejemplar, y mientras comíamos leyó con evidente satisfacción las dos columnas de apretada prosa que consagraba al asunto, en las cuales se veía que Hasker había logrado por fin escribir su deseado artículo. La lectura de algunos pasajes hizo sonreír a mi amigo.

—Esto tiene mucha gracia, Watson. Oíd, oíd: “Podemos asegurar a nuestros lectores que la opinión que aventuramos más arriba es también la de personas muy competentes en materia de crímenes y autos judiciales. El señor Lestrade, uno de los *detectives* más competentes de Scotland Yard, de igual modo que el señor Sherlock Holmes, célebre por sus famosos descubrimientos, creen que estos hechos, epilogados de manera tan trágica, son obra de un monomaniaco y no de un criminal. Realmente no cabe otra explicación”. Ya veis, querido Watson, qué factor tan importante es la prensa cuando se sabe hacer uso de ella. Ahora, si os parece bien, iremos a Kensington e intentaremos ver por segunda vez al señor Harding.

Llegamos a la tienda y esta vez tuvimos más suerte que la anterior. El director del almacén era un hombrecillo de aspecto inteligente y vestido con impecable corrección. A las preguntas de Holmes contestó con breves y sencillas palabras lo siguiente:

—Efectivamente; en los periódicos de hoy hemos leído el suceso y nos hemos emocionado. El señor Hasker es uno de nuestros clientes más antiguos y nosotros fuimos quienes le proporcionamos el busto de Napoleón hace algunos meses. Encargamos tres iguales a la casa Gelder y Compañía y los tres se vendieron al poco tiempo: uno, como os he dicho, al señor Hasker y los otros dos... los otros dos... Veamos los libros. Sí, aquí están. Uno al señor Jorrah Brwn, villa de las Acacias, en Labernum Vale, Chiswick; y el otro al señor Sandeford, de Lowe Grove Road, Reading... ¿Cómo? ¡Ah! No. Es la primera vez que veo al hombre aquí retratado. Si le hubiese visto en alguna ocasión lo tendría presente, porque es de una fealdad extraordinaria. Sí; verdad es que tenemos algunos italianos empleados en la casa, y si alguno hubiese querido mirar los libros de venta, le hubiera sido difícil, porque no los ocultamos. Esto es todo cuanto puedo decir respecto de este lamentable asunto, y si en algo más puedo servirlos, tendré mucho gusto en hacerlo.

Y haciendo una reverencia nos indicó que daba por terminada la entrevista. Holmes le estrechó la mano y salimos del almacén.

Durante la parrafada del señor Harding, mi amigo no cesó de tomar notas, y ya en la calle, noté que la marcha del asunto le agradaba no poco. Sin embargo, no me dijo lo más mínimo, limitándose a hacerme observar que si no apresurábamos el paso llegaríamos tarde a la cita de Lestrade.

En efecto, cuando llegamos a Baker Street, ya nos estaba esperando el policía, y en la agitación con que paseaba el cuarto y en la innegable jubilosidad del rostro, se comprendía que estaba satisfecho de sí mismo.

—¡Hola! ¿Qué hay de nuevo? —exclamó al vernos entrar.

—Hemos trabajado mucho —contsetó Holmes y me parece que no del todo inútilmente. Hemos hablado con el fabricante y con los vendedores de los bustos. Ahora ya podemos seguir la pista más fácilmente.

—¡Siempre los bustos! —exclamó Lestrade.—Ya sé que cada uno tiene su modo de matar moscas, amigo Holmes; pero me parece que en esta ocasión he empleado el

tiempo mejor que vos. Ya sé quién era el cadáver.

—¿De veras?

—Y sé también el móvil del crimen —continuó el inspector con el mismo tono triunfal.

—¡Caramba!

—La medalla que llevaba al cuello el cadáver unida al color de su tez, me hizo pensar que se trataba de un meridional, y entonces acudí a Saffron Hill, que está encargado exclusivamente del barrio italiano. Hill lo reconoció en seguida. Era un tal Pietro Venucci, natural de Nápoles, y uno de los asesinos más peligrosos de Londres. Formaba parte de la Maffia, esa terrible asociación secreta. Como véis, el misterio se va aclarando poco a poco. Su asesino ha debido ser otro italiano como él y como él afiliado también a la Maffai. Indudablemente este último debió cometer alguna cosa, traicionando a la asociación, y entonces Pietro fue el encargado de la venganza, para lo cual le entregaron un retrato del traidor, con objeto de que no se equivocara. Debí seguirle, pues, le vería entrar en la casa del periodista, esperó que saliera, y entonces empezaron a discutir, luégo a luchar, y, por último, fue muerto. ¿No sois vos de la misma opinión, señor Holmes?

Sherlock Holmes se levantó, y dando calurosas palmadas en el hombro de Lestrade, exclamó:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Muy bien! Todo eso resulta perfectamente lógico. ¿Y los bustos?

—¡Los bustos! ¡Ya pareció aquéllo! Yo creo que esos robos no tienen importancia alguna. Son... tonterías, bromas, ¡qué sé yo! Lo importante era descubrir al asesino y eso me parece que lo conseguiré muy pronto.

—¿Sí? ¿Y qué pensáis hacer?

—Pues sencillamente ir con Hill al barrio de los italianos y ver si hay algún individuo que se parezca al retratado en esa fotografía y detenerle.

—¡Magnífico! Sois un hombre admirable. El policía se pavoneó de satisfacción.

—No tanto, no tanto... ¿Qué, vendréis conmigo?

—No. Al contrario. Precisamente pensaba rogaros que me acompañáseis a mí.

—¿A dónde?

—Ya lo veréis. Aunque mi procedimiento sea completamente distinto del vuestro, espero también detener al asesino.

—¿En el barrio de los italianos?

—Tal vez. Por de pronto pienso ir a Chiswick, en la seguridad de que esta excursión no perjudicará lo más mínimo el éxito. Ahora, con vuestro permiso, creo que debíamos dormir un poco. Saldremos a eso de las once para volver antes de que amanezca.

El inspector se encogió de hombros.

—¿Qué? ¿Aceptáis? —preguntó Holmes.

—Sí.

—Perfectamente. Entonces comeréis con nosotros y luego podéis descansar un poco en ese sofá hasta la hora de partir, Watson, ¿queréis tener la bondad de llamar a mistress Hudson y decirla que pase la comida? ¡Ah! Y que tiene que llevar una carta al correo. Con vuestro permiso, amigo Lestrade, voy a escribirla.

IV

Después de cenar, Lestrade se echó en el sofá, yo me tumbé en la cama y Holmes subió a la buhardilla para hojear periódicos viejos, según nos dijo.

Yo no sé si Lestrade dormiría, pero yo no pude conciliar el sueño. Aquellas horas consagradas al descanso las pasé dando vueltas al asunto, buscándole una solución o por lo menos procurando sorprender los proyectos e ideas de Holmes. Habiendo seguido paso a paso con él las pesquisas y a pesar de su silencio, pude adivinar algo de lo que se proponía. Quedando como quedaban todavía dos bustos intactos, era probable que el asesino intentara destruirlos también.

Luego, recordando que uno de estos bustos lo tenía un señor de Chiswick y que Holmes había dicho que pensaba ir a este sitio, comprendí que la idea de mi amigo era sorprender al *enemigo* de Napoleón en flagrante delito. Una vez adquirida esta convicción no pude menos de admirar profundamente el talento de Holmes lanzando a los periódicos en una pista falsa con obje-

to de tranquilizar al asesino y hacerle caer en el lazo más fácilmente.

Cerca de las once bajó Holmes y nos rogó que nos preparásemos a marchar. Nos preguntó si llevábamos revólver, y a nuestra contestación afirmativa sonrió, enseñándonos el rompecabezas. Una arma favorita para excursiones del género de la que íbamos a emprender.

A la puerta nos esperaba un coche cerrado y en él fuimos hasta el otro lado del puente de Hammer Smith. Allí bajamos, y dándole orden al cochero de que nos esperara, fuimos a pie hasta una calle muy solitaria, compuesta de aristocráticos y elegantes hoteles con sendos jardines en la parte delantera. Al leer, gracias a la luz de un farol, *Villa Acacias* en una de las verjas, nos detuvimos. Los habitantes del hotel debían estar acostados, porque no se veía ninguna luz en ninguna parte y un silencio de muerte envolvía la oscura mole. La luz tibia y medrosa del farol blanqueaba parte de una de las avenidas del jardín.

—Venid. Vamos a la acera de enfrente para ocultarnos en la oscuridad —murmuró Holmes.

Así lo hicimos, y entonces mi amigo continuó:

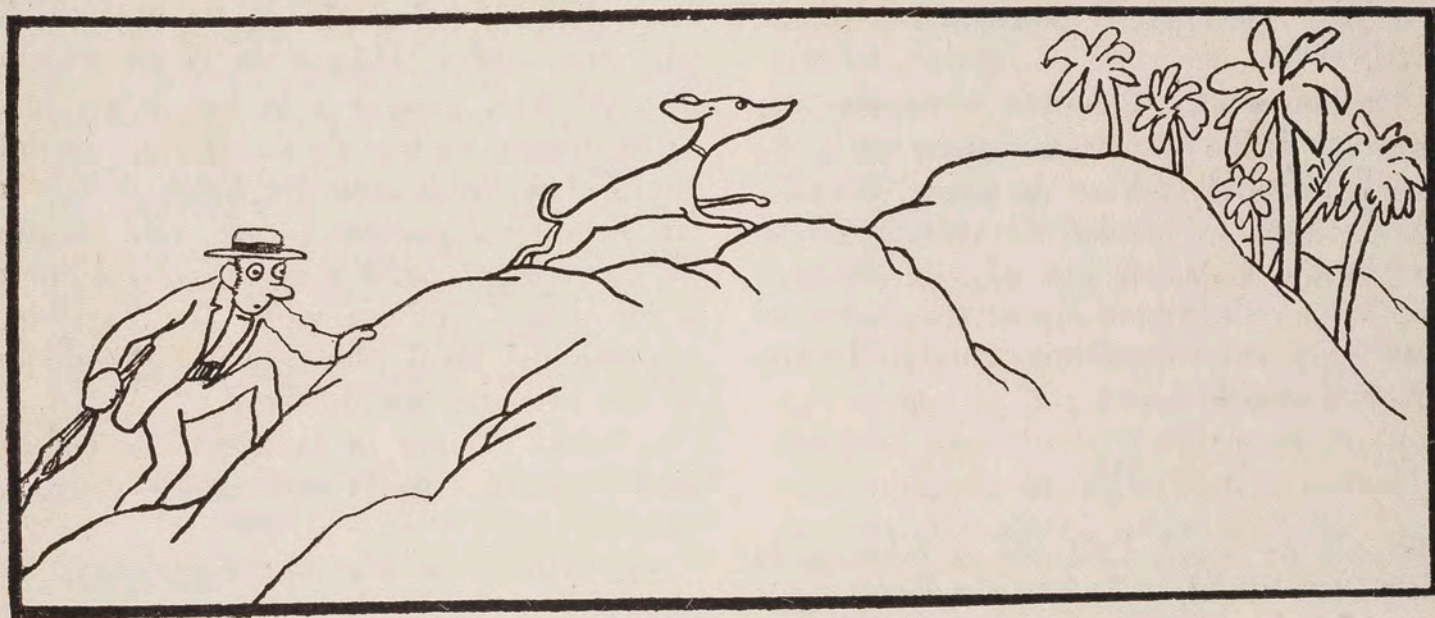
—Debéis procurar hacer el menor ruido posible, y aunque sea larga la espera no impacientaros. Por fortuna hace una noche muy agradable.

Sin embargo, no tuvimos que esperar mucho. De pronto sentimos pasos. Un individuo dio la vuelta a la esquina y avanzó hasta llegar a la verja del hotel. Allí se detuvo un momento. Chirrió la verja, y en la parte iluminada del jardín pasó una sombra. Después hubo un largo rato de silencio. Nosotros conteníamos la respiración y yo acariciaba la culata del revólver.

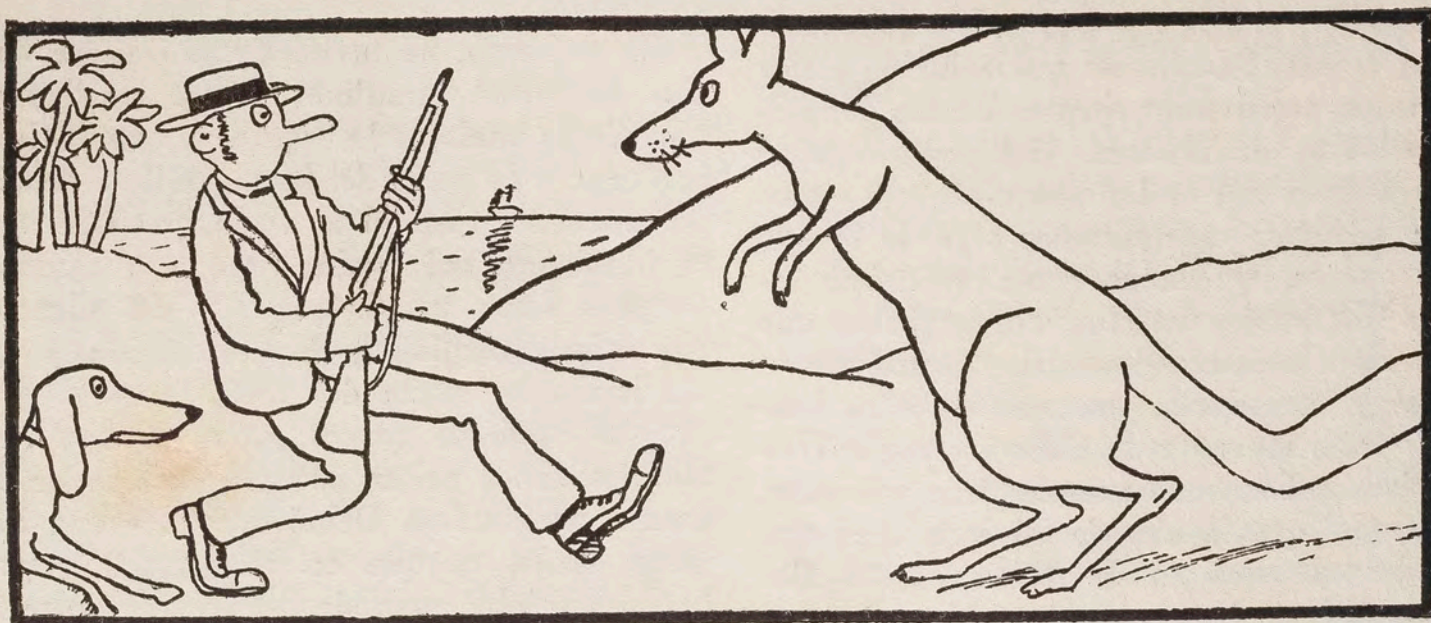
Sonó ruido de goznes; se abrió una ventana, y vimos saltar por ella dentro de la casa a un hombre. Debió encender una linterna sorda, porque en el boquete negro brilló un débil rayo de luz. No encontraría lo que buscaba porque de aquella habitación pasó a otra y luego a otra.

(Continuará)

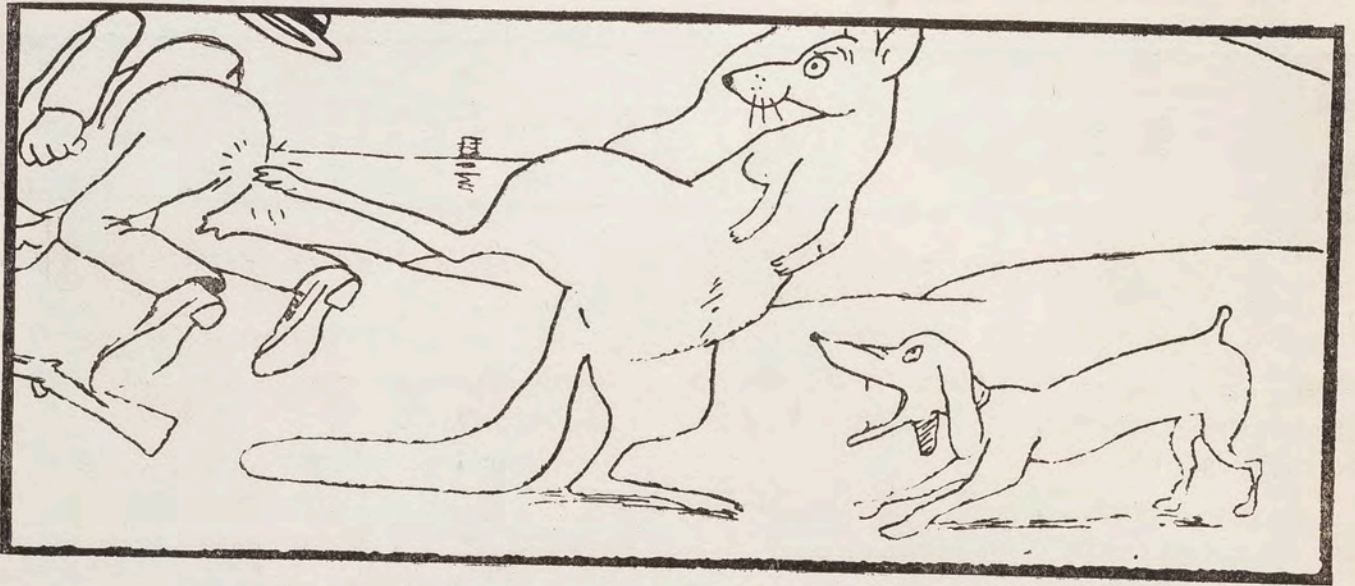
FANTASTICAS AVENTURAS DE TITO Y TIE



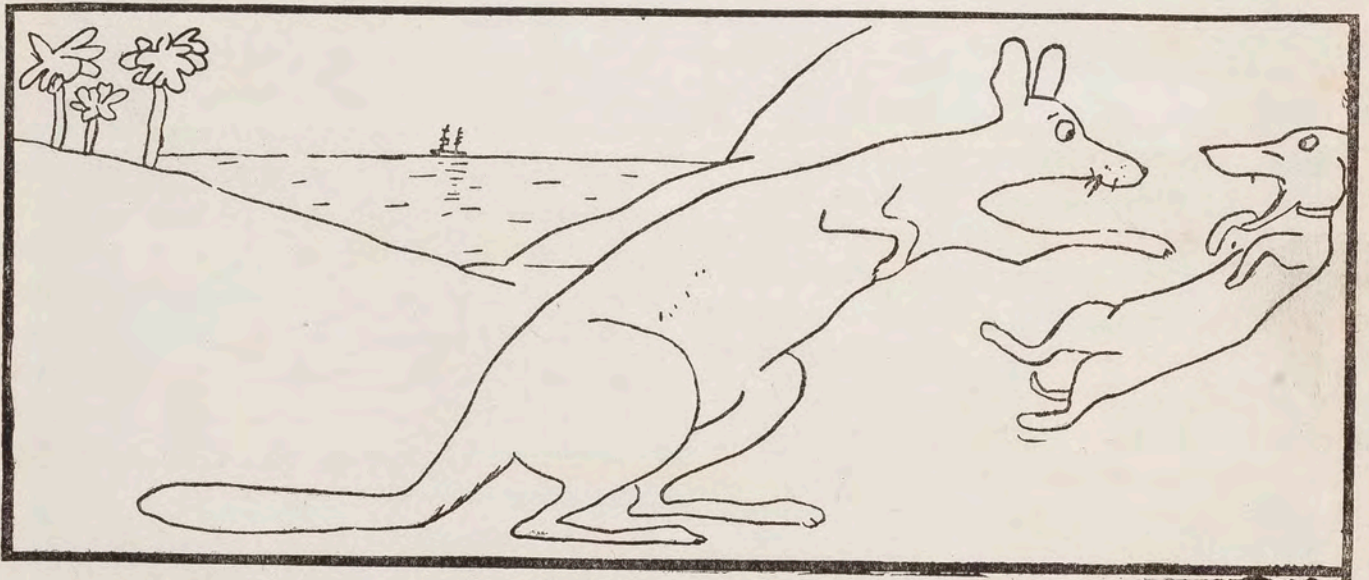
141. — Aunque todas las fiebres inflamatorias del mundo se cebasen en aquel borracho. Pero no contaba con la huésped!



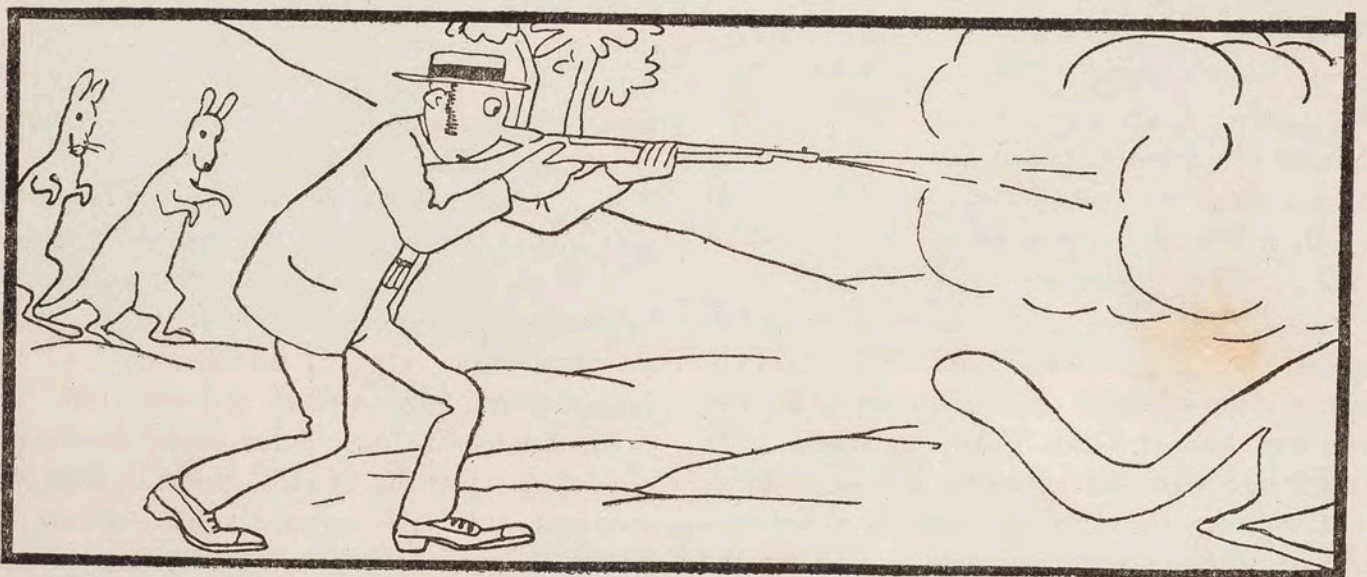
142. — La huésped era un Kanguro hembra, que creyó ver en don Tito un peligro para sus hijos.



143. — Y con la maestría que caracteriza a dichos animales, de un puntapié se desembarazó del boticario.



144. — Y con un vigoroso puñetazo mandó a seis metros de distancia al pobre Tif.



145. — Pero don Tito, repuesto del ataque, apuntó sobre el marrupial, y disparó. . . .

PIRULA NO TIENE MIEDO

(Continuación)

De pronto la comitiva se detuvo. El capitán —esto es, el que tenía la espada de dos puntas— se acercó a la niña y le dijo, inclinándose:

—Hemos llegado al palacio de Su Majestad. Dígnate apearte.

Pirula se deslizó de un salto, y giró la vista en todas direcciones buscando la regia mansión, que imaginaba monumental y lujosa. Pero no vio sino, a alguna distancia, un hongo mayor que los restantes y, sentado a su sombra, un negrazo con su pluma y un faldellín de seda pintarrajeada.

Pirula emprendió la marcha hasta el Gran Preste con paso ágil. ¿Y aquel tipo era nada menos que un rey? Su desencanto fue enorme. Ella se lo imaginaba, naturalmente, como un rey de cuento, o sea con barba blanca y corona y manto y una hija y un perro al lado... Pero, en fin, se conoce que aquella tierra tan calurosa no dejaba vivir a los reyes con mucha ropa encima.

Avanzó hacia él, sin sentirse cohibida, como le hubiera ocurrido de seguro con otro soberano menos obscuro y mejor vestido, y se sentó tranquilamente en un escabel-honguito. El Gran Preste, sonriendo al verla, bramó con muy mal genio, porque para eso era el rey:

—Dejadnos solos. ¡Mil pasos a retaguardia!

Como autómatas, todos los acompañantes retrocedieron según se les ordenaba, y al llegar a los mil pasos se tumbaron panza arriba, según costumbre nacional.

Pirula y Tumbón Ciento y Pico pudieron hablar a su placer. A Pirula le había chocado mucho desde el primer momento la alegría con que el Gran Preste acogiera a la muchacha; pero su asombro creció cuando, ya a regular distancia el público, y convencido de que no podía oírles, el jefe de los negros murmuró, brincando de gozo:

—Ven acá, Pirulilla de mi alma y de mi corazón...

—Señora doña Majestad —repuso ella, con un profundo respeto que resultaba saladísimo—. Yo...

—¡Ven acá, Piruleja encantadora, ven acá!... ¿No me conoces, mujer? ¿No te acuerdas de mí? Si me lavase un poco la cara en esta escupidera que me han puesto al lado, y que es la única del país, verías quién soy... Déjame que me muera de contento.

Y soltó una carcajada tan sonora que todos los ciudadanos, semidormidos a mil pasos de distancia, resolvieron hacer un esfuerzo y levantar la cabeza. Pero Tumbón Ciento y Pico, esgrimiendo su espada, y si-seándoles con gran energía, les hizo acostarse otra vez,

—Acércate, Pirulina..., y mírame bien. Soy yo, Nicanor Parrondo, el carbonero de enfrente de tu casa de Madrid. ¿No me recuerdas de haberme visto alguna vez en la cocina?

—Sí, sí; ahora caigo... Pero estás mucho más carbonero que antes.

—¡Toma, ya lo sé!... Yo era novio de Boni, la cocinera de las verrugas; ¿te acuerdas? Y como tenía un genio tan atroz, regañé con ella y, desesperado, me embarqué con rumbo a América... Un naufragio me trajo aquí... Pero ya te contaré luégo. Porque supongo que estarás aquí una temporada, ¿no? Estos gandules son buenos chicos. Un poco mal huelen...; pero es que no les queda tiempo para asearse.

—¡Zambomba! —gritó Pirula, atónita—. ¿Cómo no tienen tiempo si no hacen nada?

—Pues por eso; porque cuando no se hace nunca nada no se dispone de un segundo para hacer algo. Y dime otra cosa más importante: ¿qué vas tú a hacer aquí?

La muchacha frunció las cejas, meditando.

—Mira: por lo pronto, podrías nombrarme una cosa así como Gran Generala del Estropajo y del Fregoteo para limpiar a es-

Pasa a la pág. 15



FENÓMENOS QUE CAUSAN EXTRAÑEZA

¿Por qué razón el calípedes o perico se suspende de una barra o rama? Las razones que puedan abonar esta posición invertida no son fáciles de hallar, tanto menos, cuanto que de la posición colgante de una rama, no puede descubrirse ninguna ventaja mayor que de la de estar tendido sobre la misma. Una vida, pasada toda ella cabeza abajo, hace al animal torpe para andar sobre el suelo, de manera que todos los animales de este género se mueven siempre con dificultad, excepto trepando sobre los árboles. La ilustración superior nos muestra la efigie de un mono denominado násico. El objeto que debe tener esta maravillosa nariz, y cómo pudo ser que se desarrollara de esta manera, son problemas que quedan por resolver.



SOMOS SIETE

(DEL INGLÉS)

*Una errabunda niña de una aldea
Vino a mí ayer cual si a su padre fuese;
Tiras el traje, rubios los cabellos,
En mechones cayéndole a la frente.*

*Preciosa en su abandono y desaliño
Era la imagen de una flor silvestre,
Y hablamos: "Qué edad tienes?" Díme.—"Ocho años".
Y alzó sus dulces ojos inocentes.*

Placer hallando en conversar con ella
Díjela: "Cuántos hermanitos tienes?"
"Somos siete", repúsome en seguida,
Como quien sabe bien lo que profiere.

"¿Dónde están?" "Somos siete, no?, pues bueno,
Dos hay en Gales, dos están ausentes
En el mar, son marinos, dos reposan
En aquel cementerio, y yo, son siete"

"Dices que dos en el sepulcro yacen?
Pues no son siete ya...." —"Perfectamente!
Y dos en Gales, cuatro; y dos a bordo,
Seis; y yo, la más chica, somos siete.

"Mi madre y yo tenemos una choza
Cerca del cementerio en donde duermen
Mi hermanita y mi hermano en una tumba;
De nuestra puerta misma puede verse.

"Mirad de aquí, del viento remecida,
La yerba verdeguear que en ella crece;
Uno del otro al lado los han puesto
A que tengan calor, que no se hielen.

"Yo me voy con mi lana y mis agujas
A tejer a su lado muchas veces
Y a cantarles los cantos de mi madre,
Para que duerman bien y no despierten.

"O si la tarde es buena, mi comida
Llevndo en mi escudillita muy alegre,
La tomo junto a ellos como antes;
Mas nada puedo darles porque duermen".

En vano quise, oyendo estas palabras,
El misterio explicarle de la muerte;
Que ella insistió en las suyas, muy risueña:
"Oh! no, señor! Nosotros somos siete."



Péguese esta página en un cartón delgado. Recórtense los tres dibujos. Con una cuchilla de afeitar córtese la línea de puntos de la olla. Abranse los huecos A y B. Con un broche de presión únase el punto B al punto D, poniendo la figura más grande sobre la más pequeña. Unase el punto A al punto A en el cuerpo de la bruja, e introdúzcase la parte en blanco del tronco en el hueco de la olla, doblándola hacia atrás por la línea de puntos. Moviendo esta parte puede hacerse que la bruja rebulla la olla con mucha naturalidad.

Viene de la pág. 10

tos cafres que no te conocen. Pero la verdad es que, ya que eres rey, me gustaría que me hicieses princesa encantada. Me fui de mi casa, huyendo de la Boni, para ser princesa de esta clase. Con que tú verás si lo consigues o no.

Nicanor Parrondo, o mejor dicho, el Gran Preste Tumbón atrajo hacia sí a la pequeña y la acarició en silencio un rato. Por fin, dijo:

—Bueno, bueno; ya estudiaré el asunto a ver si hay medio de complacerte. Por lo pronto, voy a encargarme que te preparen un hospedaje de los mejores: un hongo recién nacido. Y después...

Bajó la voz; hizo una nueva caricia a Pirula, y susurró junto a su oído:

—Y después... ¿qué te parecería si nos marchásemos de aquí? Aunque la Boni era como era, la recuerdo, sí, señor... Además, tengo ya muchas ganas de ver una verbena. ¿Se celebra todavía la de la Princesa, Pirula?

Y como la muchacha afirmase con un gesto, Parrondo-Tumbón, conmovido, acercó su semblante al de ella, y derramó alguna lagrimita. Por cierto que el semblante del negro no debía de estar pintado como era debido, porque con el llanto empezó a desteñirse, ennegreciendo las crenchas de Pirula, tan doradas y tan lindas...

VII

Pirula se las arregla de modo que la meten en la cárcel.

El Gran Preste o, si queréis, el amigo Parrondo, loco de regocijo por la llegada de Pirula (aunque cuidó mucho de no manifestárselo a nadie), dispuso que la alojaran en el hongo más nuevecito de la ciudad, adornándolo de la manera más vistosa posible.

Pero Pirula, al poco tiempo de verse entre tantos haraganes y pavisosos, sin sangre ni nervios, se indignó enérgicamente y quiso obligarlos a que dejaran de serlo. Y para conseguirlo, aquella misma noche, cuando todo el mundo roncaba, y aprovechando la ventaja de que en Gandulonia no se conocían los serenos ni los guardias —porque

los muy comodones, por no menearse no regañaban ni robaban ni escandalizaban—, se entretuvo en recoger montones de cardos y de ortigas, y luego de machacarlas, fue escondiéndolos con todo cuidado entre las pajas de los jergones donde se acostaban.

Al mismo tiempo esparció por las calles todos los montones que pudo de los mismos polvos que habían de pisar los pies descalzos de aquellos incorregibles ociosos.

Al día siguiente no tardaron en verse las consecuencias de la travesura de Pirula, travesura que esta vez iba a ser beneficiosa.

Los gandulonios, en gran parte, empezaron por despertarse más temprano que de costumbre, sintiendo un misterioso cosquilleo en el cuerpo que les impulsaba a abandonar el lecho. Después, al salir de casa, camino de la playa o de la huerta, donde se tendían en espera de que los frutos, maduros, cayesen al suelo, y los peces, fascinados por las músicas, saltasen a la orilla, los gandulonios sintieron en las plantas de los pies una especie de fuego, de picor, de no sabían qué, que les hacía avivar el paso y sacudir la pachorra con que otras veces caminaban.

Desde su casita, Pirula bailaba de gusto viéndoles moverse y correr de un lado a otro, agujoneados por los polvillos del suelo. Era un espectáculo extraño, que no dejó de sorprender a los ministros, chambelanes y demás empingorotados perezosos, todos los cuales, al llegar la noche, y hartos de andar y de no poder dormir en sus casas, solicitaron audiencia del Gran Preste para que viera el modo de remediar semejante calamidad.

Pero Pirula había ido a ver a su amigo, y aunque no le contó lo que había hecho (y pensaba repetir), sí le suplicó que organizara algún trabajo para que aquellos gandulonios vivieran mejor y fueran útiles a los demás y a sí propios.

—Pero, preciosa —le dijo Parrondo, no olvides que aquí no se ha trabajado casi nunca... Podría sobrevenir una revolución, y hasta mi destronamiento... Y no tienes idea de lo bien que me va con el cargo. De noche, cuando no me ve nadie, paso los grandes ratos leyéndome las *Aventuras de*

Nik-Carter, que me prestó en Madrid un chico y que pude salvar del naufragio...

—Pues yo no he de consentir —replicó, muy enfadada, Pirula— que aquí se esté la gente mano sobre mano. Son unos perfectos salvajes, y me da pena, además, que no tengan fósforos, ni sepan hacer natillas, ni lleven pantalones... Debes hacerles trabajar. Nómbrame capitana de cualquier cosa, o ministra, y verás cómo los meto en cintura.

Tumbón Ciento y Pico la miró embelesado:

—Haré lo que tú mandes. La verdadera reina aquí eres tú. Ahora mismo voy a extenderte el título de directora generala del movimiento continuo. ¿Qué tal?

—¡Soberbio! Eres inmenso, Parrondín.

Al día siguiente Pirula dictó las primeras disposiciones de su cargo. Llamó a los pregoneros y les hizo aprender el siguiente bando, para que lo repitieran por toda la ciudad:

“No se permite a nadie estarse quieto. Allá cada cual con lo que se le ocurra.

“Al que se le ocurran las cosas más graciosas, más bonitas o más útiles para no estarse quieto, el Gobierno del Gran Preste le dará un premio, que consistirá en seis raciones diarias de bolas de maíz durante cien lunas.

“Un batallón de vigilantes, provistos de

zurriagos, cubos llenos de agua, escobas y plumas de avestruz, azotará, regará, barrerá y cosquilleará en la nariz y la barriga —sujetándolo bien sujeto— a todo el que se niegue a cumplir lo dispuesto en la presente ley.

“Aviso: no se admiten enfermos, ni vale huir ni dar propinas a los vigilantes.

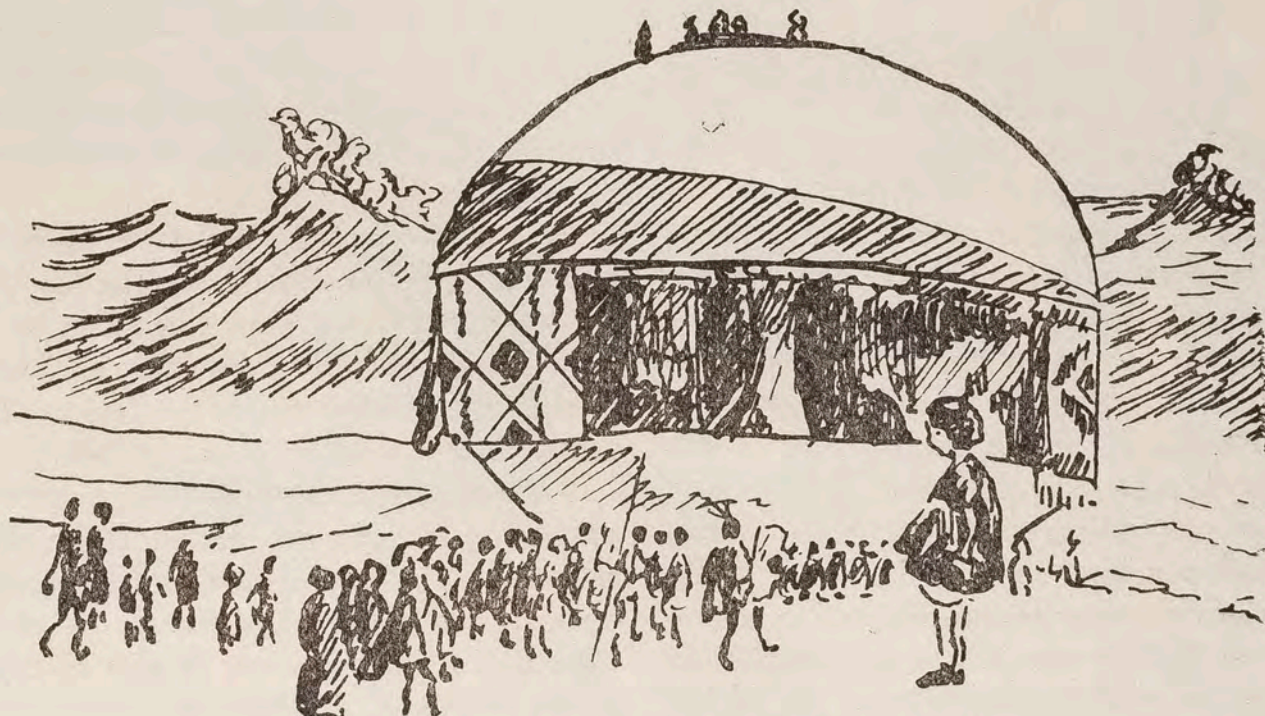
La directora generala, Pirula”

Contra lo que ella misma se imaginaba, los gandulonios aceptaron muy a gusto tales órdenes. Siquiera constituían una novedad, y como estaban a menudo tan aburridos, hasta les parecía una distracción.

Aquella noche se encerraron todos a escape en su casa, se fueron a un rincón y se pusieron a rascarse la cabeza, para discutir el medio mejor de ganar el premio ofrecido. Unos se la rascaban por la frente; otros, hacia el cogote; hubo quienes se la frotaban todo alrededor, como si limpiasen un boliche.

Por cierto que algunas cabezas, por falta de costumbre, se abollaron o empezaron a girar sobre el cuello, lo mismo que si estuvieran ajustadas a tornillo. Otras, incluso echaron chispas, y algunas, a fuerza de sobos, fueron achicándose, achicándose hasta adoptar la forma de una cebolleta. Después, con el sueño, recobraron, afortunadamente, su tamaño.

(Continuará)



“Leyó un mensaje de salutación y bienvenida”.



LOS PUEBLOS CONQUISTADOS

Antes de que de las lejanas tierras de España nos sigan mandando conquistadores, dejemos que se desarrollen un poco y se organicen los dos primitivos gobiernos de nuestra patria, Nueva Andalucía y Castilla de Oro, y trabemos amistad con los moradores de la costa atlántica, a quienes se quiere quitar patria y hogar.

Caribe, tiene una figura aterradora; la cabeza deformada por la tortura a que sus padres lo sometieron desde chiquito, dióle a su horrible semblante esa cabeza en forma de cono que tiene cubierta de vistosas plumas. Con dificultad podríamos saber el color de su piel pintada de vivos colores. De su nariz perforada, pende, como un candaño, preciosa joya de oro, la misma argolla que en el manso buey que visteis en el mercado del pueblo, y que sirve a su dueño para guiarlo mediante fuerte lazo. De su cuello penden variados collares formados con los dientes arrancados a sus enemigos, en el combate. Terciado el carcaj, la pica de piedra en sus manos, el rudimentario vestido, todo nos hace huir de él. Pero no temáis, lectorcitos, que Tío Remiendos es viejo amigo de Caribe y os dejará acercaros. Comienza a hablarnos: su lengua es una serie de sonidos que parecen aprendidos de las fieras: "Mi raza es poderosa. Muchos siglos hace que habita estas tierras que quieren quitarnos. Mis abuelos nacieron de la raza Pampeana. Fueron dueños primitivos del mar. Nadie pudo oponerse jamás a mi raza sin perder la vida. Mi pueblo creció, la tierra fue pequeña para contenerlo y nos lanzamos al mar, nosotros como los viejos Normandos éramos obedecidos por las aguas; el huracán nos temía, las olas nos respetaban; del mar hicimos nuestro camino y nos llevó a Caracas, a Guayana, a Car-

tagena, a Panamá, a Urabá. Teníamos ambición de mando, anhelábamos fundar un gran imperio y comenzamos a guerrear. Nadie nos venció, a todos matamos... y llegamos hasta Quitus, allí fundamos la dinastía Scyris, que no pudo ser vencida por el Inca. Por el oriente dejamos el golfo de Maracaybo y mi raza llegó hasta Muzo. El mar se entró en la tierra y seguimos nuestro camino hacia el interior y fuimos fundadores de los panches, última de nuestras avanzadas cerca de nuestros enemigos los chibchas, que viven en los altos cerros. A nada tememos porque somos la raza superior. El conquistador morirá con nuestras flechas envenenadas, y antes pereceremos todos que caer uno solo en poder de los hijos del Sol. Nuestras hijas y esposas, son como nosotros, valientes. Manejan la macana con habilidad feroz, preguntadlo a Juan de la Cosa que murió por mano de mujer caribe...

Así, lleno de fuego, de amor a su tierra, de valor indomable, nos habló Caribe. Su raza fue diezmada por el Conquistador que orgulloso y soberbio, ante quienes sabían defender palmo a palmo su patria, no quiso reconocerle las grandes condiciones morales que tuvo. Lo calificó de salvaje, de sanguinario y de rebelde y se propuso hacerlo desaparecer, borrar sus huellas por el nuevo mundo, pero no pudo lograrlo. El conquistador no supo ver en el Caribe, el mismo pueblo que en Haití alcanzó poderoso desarrollo. Había que ver, mis queridos lectorcitos, los preciosos jardines que rodeaban sus magníficos palacios. La maravillosa organización de gobierno que los distinguía; la ausencia de maldad que hubo en ellos, francos, leales, sinceros que no conocieron la mentira y la traición, sino apren-

EL AGUA DE LA VIDA

Había una vez un poderoso monarca cuyo reino durante mucho tiempo había gozado de la mayor fortuna y opulencia. El rey disfrutaba de todas las delicias de la vida, cuando cierto día cayó enfermo de tanta gravedad, que se desesperó de salvarle. Sus tres hijos estaban en la mayor aflicción viendo el gravísimo estado de su padre.

Una mañana que se encontraban llorando en el jardín del palacio, un viejo venerable se les apareció preguntándoles la causa de su pena. Ellos se la contaron, y entonces el anciano les dijo:

—Pues yo conozco un remedio que puede curar a vuestro padre: es el agua de la vida. Pero es tan difícil obtenerla!

Los príncipes le dirigieron infinidad de preguntas para que les indicase dónde se encontraba aquella agua maravillosa: pero el anciano no pudo, o no quiso decirles más que el camino que tenían que seguir.

El mayor de los príncipes dijo a su padre que quería ir a buscar aquel remedio soberano.

—Ya sé que existe—dijo el rey,—

pero hay que vencer tantos peligros antes de llegar a la fuente donde mana esa agua que prefiero morir antes que verte expuesto a semejantes azares.

El príncipe, que pensaba que si lograba salvar a su padre de la muerte llegaría a ser el hijo preferido, insistió tanto, que el rey hubo de autorizarle para que intentase la aventura. Partió sobre un caballo muy veloz, en la dirección indicada por el viejo. Al cabo de algunos días, atravesando una explanada desierta, se le acercó un enano y le gritó:

—Adónde vas tan aprisa?

—Enano del infierno, qué te importa?

Entonces el hombrecillo, muy airado, hizo una señal misteriosa con una varilla, y el príncipe, arrastrado por el furioso galope de su caballo, se encontró entre dos montañas; el camino se estrechó de tal manera que al cabo no pudo avanzar: quiso volver el caballo, pero no pudo conseguirlo, ni tampoco apearse, y así tuvo que quedar apisionado, sufriendo hambre y sed, aunque sin perecer.

dida del invasor de España. Su disciplina militar admiró a los más aguerridos jefes españoles. Ningún pueblo como el caribe se presentaba con la cabeza erguida, en fila cerrada ante el enemigo, dispuesto a pelear frente a frente, sin emboscadas, sin traiciones...

A tanto llegó el español, que resolvió que el caribe no tenía alma; que era a la manera de las fieras. El recuerdo de este gran pueblo, encarna el patriotismo, la honradez, la generosidad, el valor, la franqueza, caracteres que todavía se admiran en los departamentos de Colombia, que estaban ocupados por el Caribe en la época de la con-

quista. ¿De dónde salieron los soldados de la independencia? ¿De dónde el valeroso costeño, santandereano, tolimense, antioqueño, que voló a formar en las filas del ejército, cuando se dijo que la patria estaba invadida, que Leticia, el puertecito colombiano del Amazonas había sido robado? La herencia del Caribe le dió el valor, el heroísmo; la sumisión y disciplina del Chibcha animaron al cundinamarqués, al boyacense...

Así los pueblos primitivos contribuyeron a la formación de la Colombia de hoy. De los chibchas, el pueblo más adelantado de los Andes os contaré a su debido tiempo.

Tío Remiendos.

Al cabo de quince días, como no se recibían noticias suyas, su hermano segundo, alegrándose en el fondo de su corazón con la idea de que su hermano mayor había muerto y que él heredaría todo el reino, pidió a su vez ir en busca del agua de la vida.

El rey acabó por acceder a sus ruegos y el príncipe se puso en camino como su hermano. Al llegar a la misma explanada se encontró también al enano, el cual le preguntó a dónde iba con tanta prisa.

—Oye, tapón de alberca, batatita—contestó el príncipe,—no sé cómo no te doy un latigazo por tu pregunta importuna!

El enano se irritó, y poco tiempo después el príncipe se encontró con su hermano, inmóvil entre las rocas de las montañas. Aquellos dos orgullosos sin corazón habían recibido su castigo.

En esto, el príncipe menor pidió a su vez ir en busca del agua de la vida; confiaba en que sus hermanos no habían muerto y que podría librarlos de las asechanzas o de los lazos en que hubieran podido caer. El rey se resistió a dejar que su último hijo se expusiera por él; pero el príncipe se puso tan triste por no poder arriesgar su vida en el intento de salvar la de su padre, que se temió que cayera enfermo, y al fin se le permitió partir.

Como sus dos hermanos, vió sobre la explanada al enano, el cual acercándose le preguntó a dónde iba.

Como el príncipe era cariñoso y afable, detuvo su caballo y contestó:

—Voy en busca del agua de la vida, y deseo encontrarla para salvar a mi querido padre, que perece por momentos.

—Puesto que me has contestado con afecto—dijo el enano,—voy a indicarte el camino que debes seguir: al final de la explanada, no entres en la garganta entre montañas, que se encuentra al frente; échala por la izquierda, y cuando llegues a una encrucijada, tóma también el camino de la izquierda. Dentro de dos días estarás delante del palacio encantado en cuyo patio está el manantial del agua de la vida. El palacio está cerrado por una fortísima puerta de hierro, pero en cuanto la toques tres veces con esta sortija que te entrego, se abrirá de par en par. Apenas entres, veras dos enormes leones dispuestos a lanzarse sobre ti para devorarte: tóma estos dos pasteles, échaselos, y te dejarán pasar. Entonces dáte prisa y búscala el manantial del agua de la vida, porque es preciso que salgas a tiempo del castillo. Al dar las doce del día se cerrará la puerta, y si te quedaras dentro, ni yo mismo podría sacarte de allí.

El príncipe dió gracias con efusión al enano, y siguiendo el camino que éste le indicara, llegó frente al palacio encantado. Al tercer golpe de la sortija se abrió la puerta; los dos leones, apaciguados con los pasteles que les echó el príncipe, no le hicieron nada, y éste pudo penetrar en los grandes y espléndidos salones del palacio. Por todas partes se encontraban inmóviles y sumidos en un profundo sueño una multitud de señores y de criados. Sobre una mesa vió el príncipe una espada y un saquito lleno de trigo, y como un secreto presentimiento le dijera que aquellos objetos pudieran serle útiles, los tomó.

En el salón último vió a una joven princesa de maravillosa hermo-

sura, la cual salió a su encuentro y le dijo que habiendo podido penetrar en aquellos lugares, quedaba roto el encanto que pesaba sobre ella y todos los súbditos de su reino; pero el efecto del sortilegio no podía cesar en el acto.

—Dentro de un año justo—añadió la princesa,—vuélve aquí y serás mi esposo.

Después ella misma le indicó donde estaba la fuente del agua de la vida, y le despidió recomendándole que se marchase en seguida por el agua, para salir del palacio antes de las doce.

El príncipe atravesó de nuevo los salones por donde había pasado. En uno vió un magnífico lecho que convidaba al reposo, y como estaba fatigadísimo con su viaje de más de quince días, se recostó en la cama y no tardó en quedarse profundamente dormido.

Por furtuna, por un movimiento que hizo se le cayó la espada al suelo, y al ruido despertó el príncipe, se levantó precipitadamente corrió al manantial y allí llenó una botella del agua prodigiosa. Viendo que el sol estaba cerca del cenit, echó a correr para salir del palacio. Apenas había traspasado los umbrales, sonaron las doce, la puerta se cerró con estrépito, y dando en los talones del príncipe, le arrancó las espuelas.

Lleno de alegría el joven al pensar que su padre no tardaría en recobrar la salud, tomó el camino de vuelta.

En la explanada volvió a encontrar al enano, el cual, al ver la espada y el saquito de trigo, le dijo:

—Qué bien has hecho en coger eso! Con esa espada un solo hombre puede vencer a los ejércitos más numerosos y valientes, y de este sa-

co se puede extraer tanto trigo como se quiera, porque nunca quedará vacío.

El príncipe, maravillado al saber las prodigiosas virtudes de aquellos objetos, estaba sin embargo, preocupado pensando en sus hermanos, y preguntó al hombrecillo si podía decirle cuál había sido su suerte.

—Ya lo creo! No están lejos de aquí. Se encuentran encerrados en estrechos caminos: los maldije por su orgullo.

El príncipe suplicó de tal manera al enanillo que perdonase y libertara a sus hermanos, que al fin aquel consintió, pero diciéndole:

—Tendrás que arrepentirte de tu bondad: desconfía de ellos, porque tienen muy mal corazón.

Algunas horas más tarde, los dos príncipes, libres del encanto que los retenía prisioneros, fueron a unirse a su hermano, el cual les contó todas sus maravillosas aventuras y les dijo que al cabo de un año volvería al palacio para casarse con la bella princesa y reinar con ella en una grande y hermosa comarca.

Después emprendieron los tres el camino para volver a su país. Pasaron por un reino desolado por el hambre y la guerra, y el más joven de los príncipes confió a aquel rey su saco de trigo y su espada mágica. El enemigo fue vergonzosamente rechazado y se llenaron de trigo todos los depósitos. El príncipe volvió a su espada y su saco y propuso, para ganar tiempo y devolver cuanto antes la salud a su padre, volver por mar a su país. Así lo hicieron, y durante la travesía los dos hermanos mayores, temerosos de que su padre dejase al menor heredero del trono, cierta noche que el joven dormía profundamente le quitaron el agua de la vida de la botella y

llenaron esta con agua de mar. También quisieron apoderarse de la espada y del saco de trigo; pero en el momento en que iban a coger ambos objetos, los vieron desaparecer.

El joven príncipe, cuando al despertarse no los encontró, se preocupó muy poco, porque lo que quería era curar a su padre. Al llegar a palacio se precipitó el príncipe menor al lado del rey, y presentándole la botella, le rogo que bebiese de su contenido. El rey tragó con mucho trabajo algunos sorbos de agua del mar, y se sintió peor que antes.

Entonces se presentaron los otros dos hermanos y acusaron al menor de haber querido envenenar a su padre, al cual ofrecieron ellos una redoma que habían llenado con el agua de la vida.

Apenas tomó el rey algunas gotas de aquella agua, se levantó del lecho lleno de salud y de vida.

El pobre príncipe fué arrojado ignominiosamente de la presencia de su padre, experimentando uno de los más grandes pesares; sus hermanos fueron a buscarle y le dijeron en tono de burla:

—Qué tonto has sido! Tú has tenido el trabajo y nosotros el provecho, porque te quitamos el agua de la vida mientras dormías en el buque. Hubiéramos podido arrojarte al mar; pero tuvimos lástima de ti; mas como llegues a decir la verdad a nuestro padre, dáte por muerto. Tampoco pienses en casarte con la princesa, porque su mano es para uno de nosotros dos.

El príncipe, herido en sus sentimientos más delicados, injuriado por su padre y traicionado por sus hermanos, no respondió una palabra, ni aun siquiera trató de hacer

saber al rey la verdad, no por miedo a sus hermanos, sino porque estaba indignado de que su padre le hubiera creído capaz de intentar envenenarle.

El rey, viendo que su hijo no se justificaba, creyó a pie juntillas que era cierta la acusación lanzada contra él; reunió en secreto a sus ministros y consejeros, y les preguntó que debía hacer. Todos opinaron que el príncipe había merecido la muerte, y el rey ordenó a uno de sus criados que le acompañase a la caza y le matara en el bosque.

Pero el criado que había visto al príncipe siempre bueno y generoso no podía creer que fuese culpable, y se horrorizaba a la idea de darle muerte.

El príncipe, que observó su preocupación y su tristeza, le preguntó la causa, y el criado se la contó.

—Es preciso que el rey crea que has cumplido sus órdenes—dijo el joven:—sin eso, su cólera caería sobre ti. Búscame un traje modesto, y yo te daré mi lujoso vestido, que llevarás al rey como prueba de mi muerte. Después abandonaré el país.

Así lo hicieron. Poco después llegó una embajada portadora de magníficos regalos para el príncipe menor por haber salvado un reino del hambre y de la guerra. Esto hizo al rey reflexionar y acordarse del carácter amable y bondadoso de su hijo: se arrepintió de haber dado oídos a la calumnia y se le vió desesperarse por haber mandado que lo mataran.

Entonces el servidor le dijo la verdad, y el rey hizo anunciar por todo el país que su hijo era inocente del delito que se le imputaba, y que deseaba con toda su alma que volviera a la corte. Pero la noticia no llegó a conocimiento del príncipe,

que había encontrado a su amigo el enano, el cual le facilitó los medios para vivir espléndidamente.

En esto la princesa que había sido librada del encanto que la tenía encerrada en su palacio, hizo cubrir con placas de oro macizo, brillantes, esmeraldas y zafiros todo el centro del camino que llevaba hasta la puerta del palacio.

—Muy pronto—dijo a sus servidores—vendrá el príncipe que ha de ser mi esposo: le reconoceréis porque será el único que eche su caballo por el centro del camino. Quizás vengan otros pretendientes, pero marcharán a los lados del camino a esos echadlos a palos.

En efecto, trascurrido un año, día por día, desde aquel en que el príncipe menor hubo penetrado en el palacio, el hermano mayor se dirigió allá, pensando desposarse con la bella princesa.

Cuando observó el oro y las pedrerías que cubrían el centro del camino, no quiso que su caballo hiciera pedazos riquezas tan enormes, que creía iban a pertenecerle, y así marchó por uno de los lados, pero al llegar a la puerta, y apenas se anunció como futuro esposo de la princesa, se vió burlado y perseguido a latigazos.

El príncipe segundo le siguió poco después. También por avaricia no quiso aplastar las esmeraldas y zafiros del camino, y tuvo la misma suerte que su hermano mayor.

Por fin llegó el más joven de los príncipes, el cual, preocupado con la dicha de ver a la hermosa princesa, ni siquiera reparó que el camino estaba empedrado con zafiros y esmeraldas, y así dejó a su caballo que galopase sobre aquellas incalculables riquezas. Cuando llegó frente al palacio, la puerta se abrió de par en par, sonaron las orquestas y una multitud de caballeros lujosamente vestidos salió a saludarle.

Bien pronto apareció la princesa, y las bodas se celebraron con gran magnificencia.

El príncipe, proclamado rey del país, supo que su padre le hacía buscar por todas partes, entonces fue a verle y le contó cuanto había ocurrido.

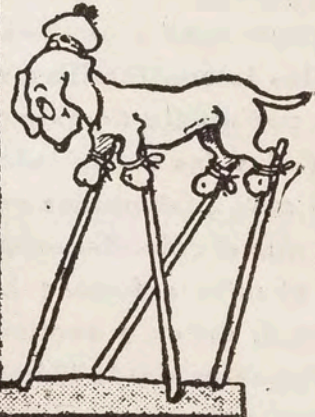
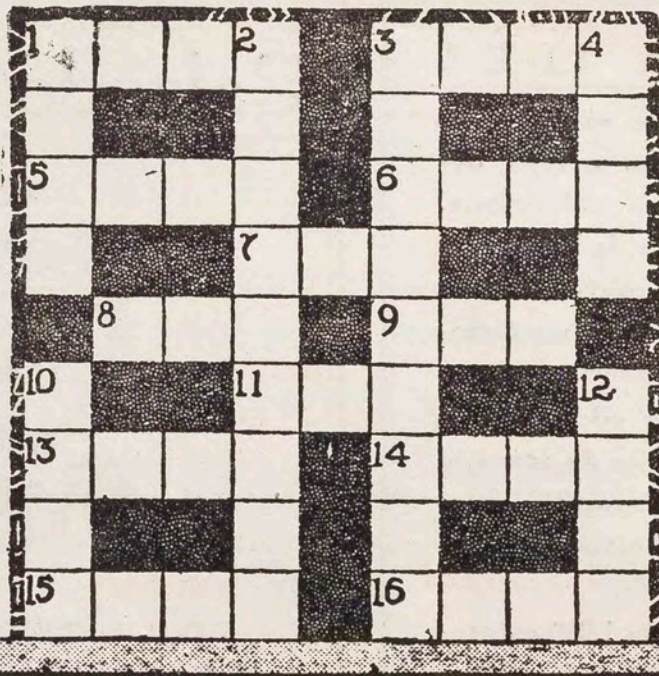
El rey en seguida mandó soldados para prender a los malos príncipes, los cuales, viendo descubierta su traición, se embarcaron para huir a lejanos países; pero una tempestad destruyó el buque donde iban y perecieron ahogados.

EL CONCURSO DE LAS DIEZ LISTAS

quedará cerrado el 25 de este mes, y en esa fecha se adjudicarán los premios. Las soluciones y los nombres de los niños favorecidos se publicarán en el próximo número. Muy pronto abriremos un nuevo e interesante concurso.

PASATIEMPOS

CRUCIGRAMA



Horizontalmente:

14—Afecto.
15—Satélite.
16—Perfume.

1—Cacería.
3—Pronombre personal.
5—Perversa.
6—Fruta.
7—Del verbo sér.
8—Calle.
9—Corriente de agua.
11—Entregar.
13—Suelo.

Verticalmente:

1—Signo ortográfico.
2—La que amasa.
3—Planta de adorno y comestible.
4—En los tejados.
10—Tela.
12—Rezar.

PARA LOS NIÑOS

EL MEJOR
RECONSTITUYENTE

EXTRACTO
DE
MALTA DE

BAVARIA

Con licencia de la Comisión
de
Especialidades Farmacéuticas.

COLEGIO

PARA NIÑOS
DE 4 A 10 AÑOS



DIRIGIDO POR LA SEÑORITA

MERCEDES DE LA CRUZ



Carrera 12 , número 16-64.

Teléfonos: 30-80 y 23-77.

UNA BUENA IDEA

El niño que colecciona estampillas desea saber, y sabe más, acerca del mundo, que uno que no colecciona. La Geografía, la Historia, la Botánica, las monedas y muchas materias más útiles le son familiares en poco tiempo por medio de este pasatiempo.

Todas las autoridades educacionistas más adelantadas están de acuerdo en que el coleccionar estampillas ayuda al niño a formar hábitos de pulcritud, orden y economía.

Paquetes desde 50 hasta 1.000 estampillas diferentes, desde \$ 0.25. Albumes de todos tamaños. Catálogos de precios franceses y americanos y toda clase de accesorios para filatelistas.

LISTA DE PRECIOS A QUIEN LA SOLICITE

AUGUSTO DUFFO

BOGOTA

CALLE 12, NO. 6-47 - APARTADO 245

Calzado 'Búfalo'



Búfalo

*No Compre Sin Ver
Nuestro Enorme Surtido.*



ALMACENES:

1.ª CALLE REAL
NO. 11-20

3.ª CALLE REAL
NO. 13-90

ARTICULOS DE PINTURA



COLORES AL OLEO

COLORES A LA ACUARELA

COLORES PARA ANUNCIOS

COLORES PARA PINTAR SOBRE TEJIDOS

TIZAS PARA PINTAR AL PASTEL

TIZAS AL OLEO

PAPELES, PINCELES,
PALETAS, LAPICES, ETC.

OPTICA ALEMANA

SCHMIDT HERMANOS

CALLE 12, NUMERO 176

Nada tan rico

como frotarse el cuerpo,
después del baño
con

Agua de Colonia

Pídele a tu papá

una botellita de una
que es superior, y
no cuesta mucho:

**la de la
PERFUMERIA de
CUNDINAMARCA**

Calle Real con Calle 15
BOGOTA

N I Ñ O S

Aprovechen los domingos para pasear con sus familias en los trenes de recreo, beneficiándose con el reducido valor de los pasajes que les ofrece el

CONSEJO ADMINISTRATIVO DE LOS FERROCARRILES

El pasaje hasta Apulo, de un sábado a lunes, en primera clase, incluyendo el servicio del hotel, sólo cuesta \$ 9.80. El pasaje de ida y regreso al Salto de Tequendama, en sábado o domingo, y en primera clase, vale \$ 0.50. En el magnífico hotel del Salto se les atenderá por un precio muy módico.

JUVENTUD DE AHORRO, VEJEZ DE ORO

EL PORVENIR ES INCIERTO - ECONOMICAMENTE USTED ALGO DE LO QUE GANA TODOS LOS DIAS - LLEVE SUS AHORROS A LA

CAJA COLOMBIANA DE AHORROS

PLANTA BAJA DEL EDIFICIO DEL BANCO DE LA REPUBLICA, Y SOLICITE UNA PRECIOSA ALCANCIA PARA EL AHORRO EN EL HOGAR

LA LOTERIA DE CUNDINAMARCA

DARA A USTED POR SOLO \$ 0.20

UN PREMIO DE \$ 700-00

POR SOLO \$ 2-00

UN PREMIO DE \$ 7.000-00

Cinco sorteos y cinco premios mayores

CON SOLO UN BILLETE

10.000 PREMIOS

GRAN SORTEO EXTRA-GRATIS TODOS LOS AÑOS
PARA LOS NO FAVORECIDOS EN DINERO

SUSCRIBASE USTED

A

'CHANCHITO'

LA REVISTA DE LOS NIÑOS

ADMINISTRACION, CARRERA 6.^a - 10-60

TELEFONO, 90-62